

Eclipse histórico de Europa

Juan Pedro Quiñonero

Escritor y periodista. Corresponsal del diario *Abc* en París
E-mail: jpquino@gmail.com

Recibido: 5 de enero de 2017
Aceptado: 10 de enero de 2017

RESUMEN: Este ensayo analiza el momento actual del proyecto europeo, caracterizado por un cierto agotamiento. Se estudian cuatro aspectos fundamentales de la realidad y del proyecto europeo: la Europa institucional y su arquitectura política; la Europa de la seguridad, la defensa y el anhelo de paz; la Europa económica, como un enorme mercado común; y la Europa de los pueblos, que más bien parece estar derivando hacia nuevos populismos. El autor detecta un eclipse histórico de Europa, que corresponde a una civilización cansada.

PALABRAS CLAVE: crisis, Europa, mercados, política, populismos, seguridad.

1. ¿Europa? ¿Cuál de ellas?

¿Nos referimos a la Europa institucional, que comenzó a construirse con el Consejo de Europa (1949) y culminó provisionalmente con el Tratado de Lisboa (2007)? ¿O es más bien, a la Europa económica, que comenzó a construirse con la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA, 1951) y culminó con el Pacto Fiscal Europeo, formalmente Tratado de Estabilidad, Coordinación y Gobernanza en la Unión Económica y Monetaria (TECGUEM), firmado el 2 de mar-

zo de 2012 por 25 Estados miembros de la UE?

¿Qué decir de la Europa de la seguridad interior y exterior, regida formalmente por el Acuerdo de Schengen (1985) y el Tratado del Atlántico Norte (1949)? ¿O cómo olvidar a la Europa de los pueblos, que aspiraban a construir una arquitectura política común, para enterrar en la tumba de la historia el espectro de las guerras civiles europeas que devastaron el continente en dos ocasiones durante el siglo xx, y echaron los cimientos de tal proyecto entre la Conferencia

de Messina (1955) y los Tratados de Roma (1957) que fundaron la Comunidad Económica Europea (CEE), matriz de la futura Unión Europea (UE), tras la aprobación del Tratado de la Unión/Tratado de Maastricht (1992)?

2. La Europa institucional

La Europa institucional ha sufrido muchas metamorfosis, para desembocar a principios del siglo XXI en un inmovilismo que roza la parálisis, víctima de su proliferación y déficit democrático. En 1973, el ingreso del Reino Unido, Irlanda y Dinamarca puso fin a una palmaria hegemonía francesa que la Política Agraria Común (PAC, 1962) encarnó durante varias décadas. El Tratado Germano-Francés de Amistad, firmado por Konrad Adenauer y el general de Gaulle (1963), permitió maquillar hasta la caída del Muro de Berlín (1989) la influencia francesa, más tarde transformada en un “eje” franco-alemán que funcionó con éxito durante varias décadas, hasta que la nueva hegemonía alemana puso en evidencia un relativo pero profundo “eclipse” francés.

Durante los años 80 del siglo XX, el ingreso en la CEE de los países del sur, Grecia (1981), España y Portugal (1986), continuó modificando el funcionamiento y relaciones de fuerza en el seno de las institu-

ciones europeas. La ampliación de la UE (2004-2007) a los países de Europa central y oriental (Eslovaquia, Eslovenia, Estonia, Hungría, Letonia, Lituania, Malta, Polonia, República Checa, Chipre, Rumanía y Bulgaria) agravó la complejidad paralizante de la toma de decisiones, haciendo encallar el proyecto histórico de la construcción política de Europa en un callejón sin salida conocida. Viejos debates entre partidarios de una Europa “federal” y una Europa “confederación” de Estados –entre otros eventuales modelos– suscitan infinitos debates y soterrados enfrentamientos sin solución política conocida ni previsible.

Tras el ingreso de España comenzaron a multiplicarse los llamamientos a la “refundación”, “reforma” y “revisión” del modelo institucional, sugiriéndose la creación de una nueva Europa “a dos o varias velocidades”, una Europa “librecambista” (mercado único, etcétera, liderada por el Reino Unido) y un “núcleo duro” (liderado por el difunto “eje” franco-alemán, integrado por los países fundadores de la antigua CEE). Personalidades tan diversas como Valéry Giscard d’Estaing y Thomas Piketty han hecho sólidas propuestas de reformas, con un éxito sencillamente nulo entre los dirigentes políticos europeos. La elección del Parlamento Europeo a través del sufragio universal (1979), una ini-

ciativa personal de Giscard y Helmut Schmidt, permitió durante algún tiempo albergar tímidas esperanzas de evolución institucional. Pronto quedó en evidencia el déficit democrático profundo que afecta al modelo institucional europeo, donde se confunden varias legitimidades. La Comisión europea (órgano de proposición y ejecución) es elegida por los Estados, a través de bizantinos equilibrios políticos nacionales. El Consejo reúne a los jefes de Estado y gobierno, celosos de sus prerrogativas e imperiosos intereses nacionales. El Parlamento –única institución elegida a través del sufragio universal directo– defiende su modesta capacidad de influencia, sin que sus debates susciten gran interés más allá de ciertas élites intelectualmente cosmopolitas.

Cuando la CEE tenía seis miembros, era relativamente “fácil” tomar decisiones prácticas. Con veintiocho estados miembros, donde se hablan veinticuatro lenguas, la UE anterior a la decisión del Reino Unido de abandonar la Unión (tras el referéndum del 23 de junio de 2016, con un resultado que bien subraya una muy honda división nacional: 51,9% de votantes a favor de la salida de la UE; 48,1% partidarios de continuar en la Unión), la UE anterior al *Brexit*, ya tenía una arquitectura institucional poco propicia a la toma de decisiones prácticas en terrenos

tan sensibles como la seguridad interior, la defensa, la economía o el comercio.

3. La Europa de la seguridad y de la defensa

En el terreno crucial de la seguridad y defensa continental, la Europa posterior a la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) siempre ha sido deudora de los contribuyentes norteamericanos, que han pagado con sus impuestos las tareas militares esenciales de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). Desde muy temprano, los Estados europeos intentaron concebir un sistema propio de seguridad y defensa común. Sin llegar nunca a resultados prácticos sustanciales.

La Comunidad Europea de Defensa (CED), concebida entre 1950 y 1954, fue finalmente abortada por el rechazo de la Asamblea Nacional francesa con un legendario voto, el 30 agosto 1954. Enterrada la CED, los europeístas trasatlánticos crearon la Unión Europea Occidental (UEO, 1954-2011), que nunca llegó perder su condición meramente virtual. En 1992, el Tratado de Maastricht preveía una Política exterior y de seguridad común, que nunca llegó a ser realidad, más allá de la gesticulación verbal, antes de ser abolida con la

entrada en vigor del Tratado de Lisboa (1 diciembre de 2009).

Asumida la dependencia de Washington en el terreno crucial de su propia seguridad exterior, incapaces de concebir y crear un sistema propio de defensa, los europeos negociaron el Acuerdo/Convención de Schengen (1990/1995), con el fin de fundar un modelo propio de seguridad interior, una suerte de policía de fronteras. Tras la gran crisis de la inmigración masiva de 2015, consecuencia de las guerras, conflictos y crisis que se sucedían y suceden en todas las fronteras de Europa, varios Estados comenzaron a cerrar “temporalmente” sus fronteras, amenazando con enterrar unos acuerdos víctimas de la “llegada” de centenares de miles de refugiados africanos, asiáticos, medio orientales, percibidos como una “amenaza”. La UE negoció apresuradamente acuerdos con Turquía, convertida en “sub tratante” de inmigrantes indeseables en la vieja, cansada y angustiada Europa. Turquía se “queda” con los inmigrantes indeseables; y los contribuyentes europeos pagan la factura con sus impuestos.

La crisis y rechazo de la inmigración que estalló en 2015 tenía raíces muy anteriores y profundas. Las llamaradas xenófobas y racistas en varios países europeos hacía muchos años que proliferaban de manera inquietante. La crisis eco-

nómica internacional que estalló entre 2007 y 2008 agravó esos problemas sociales y culturales de inmenso calado.

4. La Europa económica

Muchos de los grandes éxitos económicos europeos (consorcio *Airbus*, la *City* londinense, entre otros, claro está) tuvieron una historia propia, no siempre asociada a la historia de la construcción política de Europa. Pero pudieron beneficiarse de muchos de sus efectos colaterales. La introducción del Mercado interior de la Unión Europea (culminando varias décadas de rectilíneos avances en la construcción de un mercado único, entre el Acta única, 1986, y el Tratado de la Unión, 1992) y la entrada en vigor del euro (1995-2001) fueron, en su día, avances sin duda determinantes, incluso si varios Estados europeos (Reino Unido, Suecia y Dinamarca), comenzaron por no aceptar la moneda común. Las turbulencias de 2007 y 2008 ahondaron unas diferencias de criterio gestor de tales avances.

Desde el Tratado de la Unión Europea/Maastricht (1992-1993), los Estados miembros consideraron oportuno “imponerse” unas normas y criterios de “convergencia económica” (“techos” para el déficit y la deuda, etcétera) destinados a facilitar la “unión siempre

más estrecha” de las economías nacionales europeas. Grandes estados fundadores, comenzando por Francia e Italia, nunca llegaron a cumplir tales criterios. Fue necesario adoptar un Pacto fiscal europeo, formalmente Tratado de Estabilidad, Coordinación y Gobernanza en la Unión Económica y Monetaria (TECGUEM, 2012), para intentar evitar que la agravación de las amenazantes diferencias, beneficios y sacrificios no terminasen dinamitando el euro, tras las secuelas de la crisis internacional de 2008.

Cuatro años después de la adopción del Pacto fiscal, las tensiones y diferencias entre la Europa del norte (liderada por Alemania) y la Europa del sur (de París a Atenas, pasando por Roma, Lisboa y Madrid) se transformaron en una encrucijada, iluminada por la crisis griega (2015), enfrentando dos visiones que rozan lo antagónico sobre el futuro económico de la UE. Desde el punto de vista de Berlín y buena parte de la Europa del norte, la “salida” de la crisis pasa por el rigor económico y la austeridad presupuestaria, hasta el saneamiento “definitivo” de las economías estatales (recortando el déficit, el gasto y la deuda pública). Desde París y el resto de la Europa del sur (con matices, no solo españoles), la “salida” de la crisis debe pasar, por el contrario, por un control mucho menos estricto

de la deuda, los déficits y el gasto público.

Algunos economistas keynesianos, como Thomas Piketty, han sugerido reformas estructurales destinadas a reorientar el sentido mismo de la construcción política de Europa, dando a los pueblos europeos una posibilidad de participación y gestión que hoy no tienen (creando un gobierno y parlamento de la zona euro, elegido a través del sufragio universal). Joseph E. Stiglitz, premio Nobel de economía (2001), ha escrito una historia económica del último medio siglo de construcción política de Europa, *The Euro and its threat to the future of Europe* (2016), llegando a esta conclusión, brutal: la moneda única, el euro, se ha transformado en una amenaza para el futuro mismo de Europa, si no se vuelven a negociar unos criterios de convergencia menos estrictos o de otra naturaleza. Stiglitz ha llegado a sugerir, irónicamente, una deseable “salida” de Alemania de la zona euro, para evitar que la disciplina germánica “asfixie” al resto de los aliados.

Como un eco inmediato a la pesimista inquietud de Stiglitz, Clemens Fuest, presidente del influyente *Institut für Wirtschaftsforschung* (IFO, una de las grandes instituciones de previsión económica alemanas), advirtió el 1 de enero de 2017 que, tras el Reino Unido,

Italia podría salir y abandonar el euro (“Italien könnte aus der Euro-Zone austreten”, declaraciones a *Der Tagesspiegel*), por una razón muy comprensible: “El nivel de vida de los italianos es hoy el mismo que el 2000, la deuda pública no cesa de crecer, el crecimiento económico sigue siendo muy modesto. Si esto no cambia, los italianos terminarán por decirse: No queremos saber nada de la zona euro”.

Más allá de lo fundado o infundado de tales reservas, los análisis de Stiglitz y Fuest recuerdan la gravedad cancerosa de todas las crisis convergentes que paralizan la construcción política de Europa a principios del siglo XXI.

5. La Europa de los pueblos y los populismos

En su origen último, la arquitectura institucional de la UE impide tomar decisiones prácticas con la celeridad deseable en terrenos sensibles, como la seguridad interior y exterior, la fiscalidad o las relaciones entre el mercado único y el mercado mundial; y dificulta hasta la parálisis casi absoluta la concepción de nuevas políticas comunes en terrenos estratégicos, industriales, culturales, militares, etcétera. Las élites europeístas son muy conscientes de tales hipotecas; pero no existen líderes, ideas motrices ni iniciativas que permi-

tan salir del estancamiento. Las opiniones públicas, por su parte, perciben el laberinto institucional europeo con resignada indiferencia: es difícilmente comprensible, en apariencia, el funcionamiento práctico de unos equilibrios institucionales alejadísimos de los problemas inmediatos de unos pueblos víctimas de recurrentes ataques de angustia social.

Los patriarcas fundadores del proceso histórico de la construcción política de Europa justificaron sus ambiciones apelando a dos promesas y necesidades básicas: evitar nuevas guerras civiles entre los pueblos europeos; y asegurar el bienestar y la prosperidad comunes. Sin olvidar viejos problemas originales, tales ambiciones fueron tangibles y esperanzadoras entre 1945 y 1989, cuando la construcción política pudo avanzar de manera sustancial, al mismo tiempo que el crecimiento económico y la distribución de riqueza podían percibirse como un horizonte mejorable, sin duda, pero estimulante. Las reformas institucionales consumadas a finales del siglo XX comenzaron por agrietar un marco político siempre más complejo y bizantino, cuando las crisis económicas, sociales, culturales y militares comenzaron a desdibujar el empantanado proyecto político europeo.

Las extremas derechas europeas comenzaron a crecer hacia 1980. En 1986, el Frente Nacional (FN, extrema derecha) de Jean-Marie Le Pen entró por vez primera en la Asamblea Nacional francesa, con 35 diputados. El 2002, Le Pen eliminó al candidato socialista, Lionel Jospin, en la primera vuelta de la elección presidencial. Quince años más tarde, Marine Le Pen pudiera conseguir más votos que todos los candidatos de izquierdas en la primera vuelta de las presidenciales francesas de finales de abril de 2016. Sin duda, el crecimiento espectacular de la extrema derecha francesa tiene una explicación “nacional”. La proliferación de extremas derechas y populismos de izquierda y derecha, en toda Europa, subraya un proceso histórico mayor: muchos europeos, modestos o muy modestos se consideran víctimas de la mundialización y de una Europa que destruye sus patrias y modos de vida, sin preservar el bienestar y la prosperidad prometidas. Un 30% de los obreros franceses han votado al FN durante los últimos veinte años. Un 51,9% de los votantes en el referéndum inglés del 23 de junio de 2016 apoyaron la salida del Reino Unido de la UE. Sin duda, quizá una gran mayoría de los ingleses hostiles o escépticos ante la construcción política de Europa no son extremistas conservadores. Ellos se consideran patriotas que aspiran a vivir me-

mejor alejándose de una Europa que perciben hostil a sus intereses. Patriotas se consideran igualmente los gobiernos y opiniones públicas hostiles a la inmigración y los refugiados que llaman a las puertas de Europa pidiendo pan, socorro y libertad.

Esos tropismos “patrióticos” nacionalistas, acompañados de llamamientos al proteccionismo económico y llamaradas xenóforas y racistas –de muy distinto origen, alcance y naturaleza– no son solo europeas. Muchos analistas comentaron la elección de Donald Trump como presidente de los Estados Unidos afirmando que se trataba de un nuevo y espectacular indicador del posible fin del antiguo orden liberal posterior a la Segunda Guerra Mundial. En ese marco, las crisis europeas parecen sugerir un eclipse ¿relativo y/o fatal? de nuestra vieja y cansada civilización, que tiene inquietantes rostros: demografía declinante; estancamiento institucional de la UE; endeudamiento y crisis económicas y sociales que hipotecan parcialmente la prosperidad futura; falta de los recursos económicos y morales indispensables para asegurar su propia seguridad; proliferación del relativismo moral donde crece un multiculturalismo desarraigado, presuntamente cosmopolita, semilla de una fragmentación social y cultural creciente. ■

SALTERRAE



JOAN CHITTISTER

Entre la oscuridad y la luz del día

*Abrazar las contradicciones
de la vida*

192 págs.

P.V.P.: 14,00 €

«Hay una parte del alma que se revuelve por la noche, en las horas oscuras y silenciosas del día, cuando tenemos bajas las defensas y las distracciones diurnas ya no nos sirven para protegernos de nosotros mismos». Con palabras tan sabias como inspiradoras, Joan Chittister explora las preocupaciones de la vida moderna, de la mente saturada y del corazón lastimado. Habla de los momentos paradójicos –y, a menudo, frustrantes– en que nuestras vidas parecen no armonizar con nada de lo que nos rodea. Con su elegancia característica, con ingenio y espíritu, Chittister nos abre los ojos y el corazón en estos tiempos convulsos.



Apartado de Correos, 77 - 39080 Santander (ESPAÑA)
pedidos@grupocomunicacionloyola.com
